



EL ELEGANTE COCHE CON CHOFER COMO EL QUE NUNCA TUVIERON

Si todos los alumnos de mi colegio hubiéramos ido a clase desnudos, yo apenas hubiera notado diferencias entre mis compañeros y yo. Pero el caso es que la estricta moral cristiana de entonces y los rigores del clima impidieron el reinado de la moda naturista, y yo, que tenía ojos en la cara, pronto pude darme cuenta de que algunos niños como Gómez, Pérez o Rodríguez estrenaban pantalones y zapatos con alguna frecuencia, en tanto que a mí no me corres podía sino heredar los que mis hermanos mayores habían ido dejando pequeños.

Por si esto no fuera suficiente para sentirme discriminado había otro dato mucho más elocuente, que era el coche. A mi colegio no iban hijos de carboneros, de carpinteros o de contorsionistas. Era un feudo de la alta burguesía madrileña, y en él estudiaban los niños de empingorotados banqueros, de ministros en ejercicio o en situación de cesados o de panzudos abogados del estado. Un hijo de la clase dirigente siempre será básicamente igual que un hijo de la clase dirigida, pero hay ciertos matices externos que evitan la identificación incluso al más miope. Los matices externos eran entonces mucho más claros que ahora, porque hoy día casi todo el mundo tiene coche, y entonces casi nadie lo tenía.

Asombrosamente, en mi colegio estudiaban más de mil hijos de "casi nadie". Esta es la conclusión a la que llegué cuando todos los días a la hora de la salida veía a la puerta del colegio una fila interminable de lujosos automóviles esperando al señorito o los señoritos de la casa.

Los menos pudientes de mis ostentosos compañeros eran recogidos por su madre o por su padre. Los más poderosos tenían a su disposición un chófer con gafas de sol y rostro congestivo, gomina en el pelo y camisa azul oscuro, además de un fino bigotito que les

confería un inconfundible aspecto de falangistas agradecidos.

- Vamos, Jesúsín, que todavía hay que recoger a las hermanas.

Algunas veces Jesúsín se sentía magnánimo, y como no vivía lejos de casa me invitaba a recorrer unas cuantas manzanas a bordo de su coche. No sin cierta vergüenza me zambullía en aquellos esponjosos asientos, tapizados en capitoné, y alargaba mi cuello para ver la gente de la calle a través de las altas ventanillas. El Jesúsín de turno, más acostumbrado al lujo y la molicie, no sentía tanta curiosidad. Solía coger un tebeo y leer ensimismado hasta que el chófer detenía el "haiga^{1º} y leabría la puerta.

- Ya hemos llegado.

Los que me conocen suelen criticar mi afición a quejarme de haber sido pobre. Quienes así me juzgan probablemente ignoran los malos ratos que un niño cuyo papá no tiene coche puede pasar cuando los que le rodean son cientos de niños cuyos papás sí tienen coche. Particularmente no recuerdo un sólo compañero de colegio que no pudiera presumir de ello. Únicamente González, un chico de familia media no adinerada, me confesó un día que lo que su papá tenía era una moto.

- Pero es una moto con sidecar -precisó- Y además, si *mi* papá no tiene coche es porque no lo necesita.

Yo miraba a González con mal disimulada envidia. Si mi papá no tenía coche no era porque no lo necesitara sino porque no podía. Sin embargo, como reconocer esta circunstancia era algo oprobioso para un niño bien, como oficialmente era yo, cada vez que alguien me preguntaba que de qué marca era el automóvil de casa procuraba salir con evasivas o, en último caso, mentir.

- Un Peugeot, ¿sabes?. Está bastante bien...

Sentía un aldabonazo en la conciencia, porque siempre he odiado las mentiras, pero al menos no me creía humillado.

Mis padres nunca le dieron demasiada importancia al hecho de que no tuviéramos coche. Procuraban convencerme de que andar era la mar de sano, y de que en último caso no era nada vergonzante confesar que el coche era un gasto digamos "inconveniente". Si yo hubiera sido

padre entonces probablemente hubiera pensado igual que ellos. En calidad de hijo, nada me parecía tan disparatado como renunciar a los placeres del coche por andar, un deporte soso en el que ni siquiera se marcaban goles. Por otra parte, aceptar que el coche entraba en el capítulo de gastos inconvenientes era reconocer que no éramos ricos, o, dicho de otra forma, que éramos pobres. Yo no era más materialista que cualquier otro niño, pero desde luego ser pobre no me hacía ni pizca de gracia. Entre una niña limpia y otra sucia me gustaba más la limpia. Entre una tata recia y otra delgaducha me quedaba con la de garridas carnes. Y entre un “haigan” o un patinete, hubiera elegido siempre aquél. Mi suerte pues me parecía desdichadísima, y solo cuando fui mayorcito y me di cuenta de que entre mis opulentos compañeros había besugos más que considerables, hube de admitir que el dinero y el coche no lo eran todo en esta vida.

A cambio de coche teníamos un tío que era director general de una sociedad importante. Eso significaba que habían puesto a su disposición un fantástico Chrysler negro, modelo de finales de los años cuarenta. Cariñoso y comprensivo, mi tío nos cedía el coche cada vez que venía a Madrid, pues él vivía en Valladolid. Entonces mi madre aprovechaba para sentirse una gran señora en ejercicio (gran señora lo era siempre, aunque en situación de reserva), y nos llevaba a la "troupe" a los montes de El Pardo e incluso a El Rincón.

El chófer de aquel maravilloso coche era uno de esos personajes que marcan un arquetipo de héroe a escala infantil. Por esos caprichosos azares de la fortuna, se juntaban en él dos cualidades excepcionales, como la de ser exfutbolista y conductor. Como futbolista ignoro qué tal fue, aunque aseguraba haber jugado en el Valladolid con Coque (un buen delantero que según las malas lenguas anduvo liado con Lola Flores). Como conductor hacía auténticos alardes, de entre los cuales el que más nos fascinaba era el de conducir sin manos. Deslumbrados por esta rara habilidad solo teníamos ojos para el volante, sin darnos cuenta de que lo hacía girar con las rodillas. Por si estas mañas fueran una futesa, Pío, que éste era su nombre, montaba en bicicleta de espaldas. Y lo hacía con tanta seguridad y tan buen estilo que uno podría creerse que tenía ojos en la nuca.

Pío tenía además una muela de oro, y eso era un talismán que automáticamente le situaba a mi juicio entre los VIP, como se dice ahora. Una muela de oro era casi siempre patrimonio de la gente simpática, campechana y afectuosa. Gente orgullosa de sonreír, y dispuesta a hacerlo sin esperar a que les nacera un hijo. Supongo que su razón para no escamotear la alegría era que, hecho el gasto en la pieza dental, había que lucirlo. Pero el caso es que observé siempre

en la gente con muelas de oro una sintomática afabilidad, realzada casi siempre por los destellos del aureo mineral. El dependiente que me daba un caramelo siempre que iba con mi madre a las Mantequerías Leonesas tenía una muela de oro. Y también Don Andrés, mi primer director de colegio, que tal vez gracias a eso logró más adictos entre sus alumnos que ningún otro colega. Esa cons telación de ejemplos a imitar, en la que figuraba Pro dentro del cuadro de honor, me llevó a identificar las muelas de oro con las más humanas de las virtudes. Y de la misma forma que envidiaba las nueces pronunciadas, los pelos en los sobacos y las cicatrices, porque creía que eran signos externos de arrogancia y valentía, abrigué la esperanza de tener algún día una muela de oro, y de que mis hijos y mis nietos se vanagloriaran de ello.

Desgraciadamente mi tío murió cuando yo tenía diez años, y el Chrysler se desvaneció como la carroza de Cenicienta al dar las doce de la noche. Nunca más en la infancia que se me iba podría saborear un coche tan lujoso. Tuve que hacer pues un es fuerza de memoria para retener sus rasgos más característicos, y poder refrescarlos cuando mis piernas me aburrieran. Como esto ocurría con demasiada frecuencia jamás me viajaron más que unos cuantos kilómetros al día, a menudo me sorprendía a mí mismo tratando de imitar el timbre de su bocina, ampulosa y señorial, de coche rico con tonalidad en "pa", y no en "pi", que era la tonalidad propia de los taxis y automóviles de escasas pretensiones. Igualmente permaneció imborrable la imagen de la bola de cambio de velocidad, una especie de cebolla de vaquelita semitransparente que Pío deslizaba en su mano con la naturalidad y elegancia de un prestidigitador. El color y el tacto de la tapicería, el olor de su confort interior y el brillo diamantino de sus embellecedores en vibrante contraste con la pintura negra de su carrocería son otras tantas huellas tuyas que aún distingo claramente cuando vuelvo la cabeza y miro hacia atrás. Salvo el día aquel en que uno de mis compañeros más ricos me llevó a pasar el día a su finca en un rutilante Rolls Royce, nunca mis desheredadas posaderas probaron asiento de coche tan señorial.

Algunos años después, Pío siguió el camino de mi tío y del Chrysler. Despuntaba ya una oscura pelusilla sobre mi labio superior, y según cualquier libro de anatomía empezaba a ser hombre. Sin embargo, tuve que comerme las lágrimas, porque con Pío se ha definitivamente una parte importante de mi pasado. La vida me gustaba ya demasiado como para ignorar que los años más tiernos suelen ser los mejores. Y mis años tiernos morían, llevándose entre otras cosas mi sueño dorado de tener un coche como el de cualquiera de mis compañeros.

Cuando contemplo mi lujoso coche de hojalata, con chófer en una ventanilla y señor en la otra, con faros y guardabarros, invisibles transportines, imaginario cuadro de mandos de

caoba barnizada y perfume de Chanel en el terciopelo fantasma de sus asientos, resucita en mí el deseo de volver a ser el colegial de aquellos tiempos. No por el masoquismo propio del romántico, sino por simple afán de reivindicación. Congregaría a mí alrededor a mis compañeros y les explicaría que, a la larga, no me ha ido tan mal con mis sufridas piernas.

- Realmente, chicos, no es tan importante tener coche. Hay que reconocer que mi madre tenía razón.

Seguro que alguno de ellos comentaría al oído de Pérez: "Ya está el Figue diciendo gilipolleces". Me gustaría interceptar el comunicado, para convencerle al comentarista de que realmente no son gilipolleces. Si bien el coche limitó mi círculo de acción, que raramente se extendía más allá de El Retiro, la calle de Castelló y el cine Colón, sirvió al mismo tiempo para espolear mi imaginación. En las tardes grises de invierno, sin coche con el que papá nos llevara de excursión, no había más solución que ir al cine, salir de paseo o quedarse en casa. Lo primero resultaba a veces demasiado caro, y lo segundo, en una ciudad como Madrid, tan escasa en clorofila, poco atractivo. Así pues pasé muchas de esas tardes hojeando viejos libros de geografía y zoología que el difunto tío Augusto había almacenado en casa mientras vivió. Una vez que me sumergía en sus "santos" como se llamaba entonces a las ilustraciones de los libros no me costaba nada comunicarme con los orangutanes o los pigmeos que allí posaban. "Si mi padre tuviera un coche como el del papá de Fernández, yo estaría con vosotros realmente, y no sólo a través de la foto". Eso era mentira, porque al papá de Fernández le importaban un bledo los orangutanes y los pigmeos, y donde verdaderamente iba los fines de semana era a comer judías a Segovia. Pero para mí, sobrepasada la plaza de Alonso Martínez todo quedaba igual de lejos, y tan sugestiva era la mesa castellana como la sabana australiana o la jungla africana.

Tardé un tiempo en darme cuenta de que para la gente vulgar, entre la que me incluyo, no es negativo carecer de algo. Si mi padre hubiera tenido coche, no hubiera pasado tantos domingos en casa. Si no hubiera pasado tantos domingos en casa, no hubiera visto los libros. Si no hubiera visto los libros, no hubiera nacido en mí la curiosidad. Si no hubiera nacido en mí la curiosidad, sería una especie de patata cocida intelectual. Si fuera una especie de patata cocida intelectual, ni siquiera habría sabido escribir. Si no hubiera sabido escribir, ni siquiera hubiera aprobado la literatura. Si no hubiera aprobado la literatura, me hubieran llamado burro, por cuanto que tampoco averigué nunca donde se encontraban aquellos trenes que salían en la misma dirección con una diferencia de una hora, y con una velocidad de diez

kilómetros por hora más a favor del segundo. Y si todo el mundo hubiera visto que yo era un burro, nunca habría encontrado un filántropo que me pagara lo que ahora gano.

Ahora los coches han perdido casi todo su encanto. Los cuartos de estar rodantes, como el Chrysler de mi tío, han pasado a la categoría de piezas de museo. Por contra, los automóviles actuales son un endemoniado derroche de sentido práctico, a cambio del cual han inmolido la suntuosidad y el señorío de sus antecesores. Su excesiva proliferación les ha convertido en blanco de las iras de paseantes y ancianitas. Hasta sus ocupantes han sufrido un penoso proceso de despersonalización. Los "chóferes" como Pío han sido rebautizados como "mecánicos", no se sabe si por su esclavitud respecto a la máquina o por la propensión a olvidar que son hombres, tan característica de los conductores actuales, y convertirse en fríos autómatas. Los niños bonitos como mis compañeros, los "señoritos", van desapareciendo, para bien de la fauna nacional. Y los llamados señores ya no vinculan su categoría a la posesión de un automóvil, sino al dato de haberlo tenido cuando más de media España se alimentaba de pan de centeno.

Incluso los coches de juguete parecen llevar el estigma de una sociedad que se autodestruye. Entre la unción con que nosotros mirábamos los nuestros, y la suficiencia o el desprecio con que ahora contempla cualquier niño sus coches de plástico hay una notable diferencia. Un día éstos les darán una patada, los arrinconarán para siempre y les contarán a sus mamás que ya no los quieren, porque polucionan su cuarto y producen demasiados decibelios. Las cosas del progreso.

Por mi parte no estoy dispuesto a desvirtuar la imagen que guardo de "los coches" por excelencia, que eran los de los Fernández, Pérez y Domínguez o el más querido y familiar Chrysler que "guiaba" Pío. Ellos eran quizás las estrellas que más brillaban en mi firmamento particular. Y a la hora de recapitular los valores que uno ha ido encontrando a lo largo de su vida, no encuentro ninguno más rico que las ilusiones de entonces por lograr lo que no se tenía.

Ahora ya tengo mi coche, un coche de hojalata que recuerda a Chrysler de Pío. Y es un buen estímulo para cerrar los ojos, revivir el pasado y concluir que, a la postre, no ha sido tan amarga esta espera de años para poder compararme a mis amigos del colegio.

Luis Figuerola-Ferretti Gil